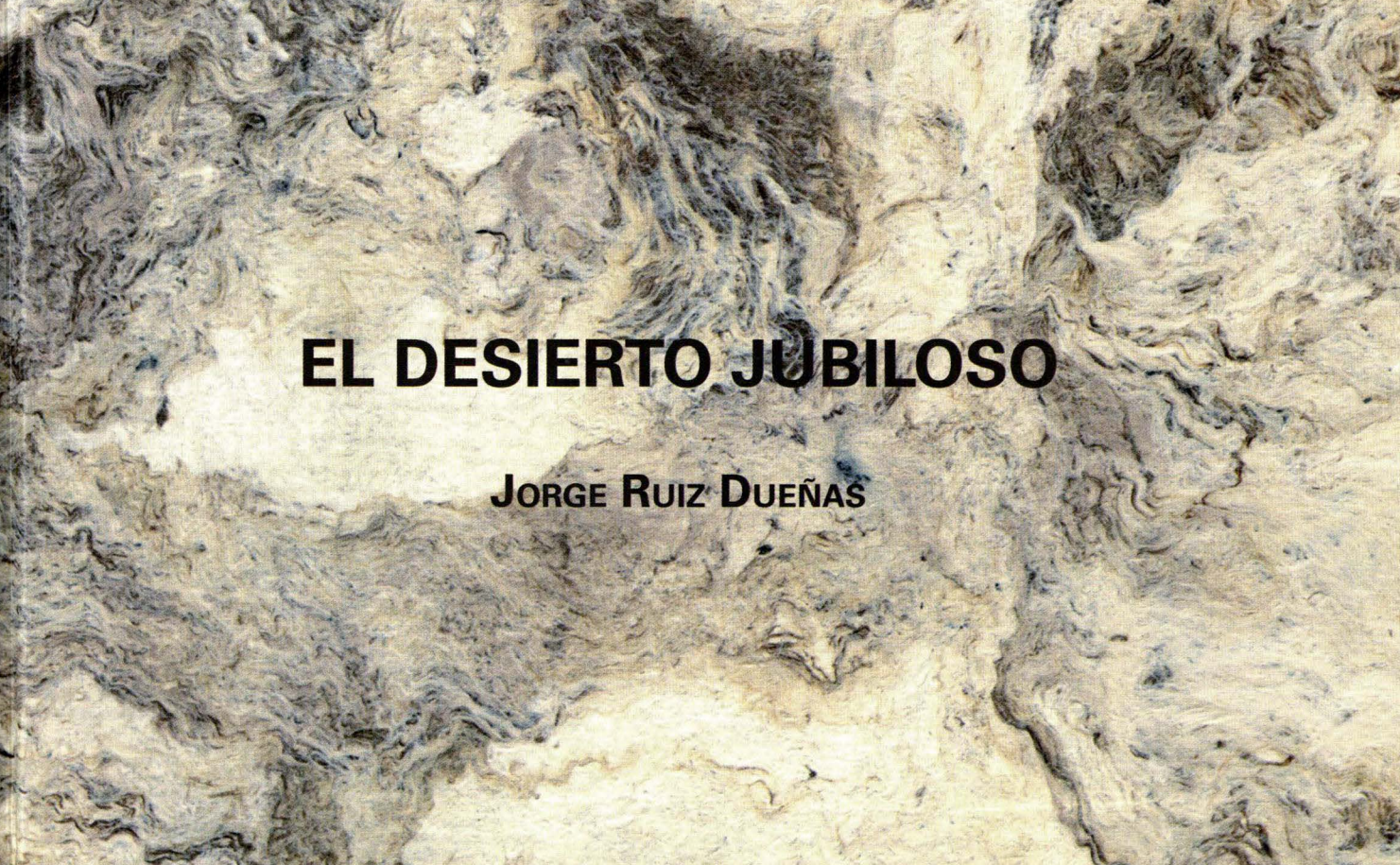


The background of the entire image is a traditional marbled paper pattern. It features a complex, organic design with swirling, veined, and mottled textures. The color palette is primarily earthy, consisting of various shades of beige, tan, and light brown, interspersed with darker, more dramatic tones of charcoal, grey, and black. The overall effect is one of depth and intricate detail, characteristic of hand-marbled paper used in bookbinding.

EL DESIERTO JUBILOSO

JORGE RUIZ DUEÑAS

EL DESIERTO JUBILOSO

JORGE RUIZ DUEÑAS

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

LIC. MARCOS ALBERTO COVARRUBIAS VILLASEÑOR

Gobernador del Estado de Baja California Sur

LIC. RAFAEL TOVAR Y DE TERESA

Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

LIC. ARMANDO MARTÍNEZ VEGA

Secretario General de Gobierno del Estado de Baja California Sur

LIC. JESÚS SILVESTRE FABIAN BARAJAS SANDOVAL

Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

MC. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA

Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

C. SANDINO GAMEZ VÁZQUEZ

Coordinador de Vinculación y Fomento Editorial del Instituto
Sudcaliforniano de Cultura

EL DESIERTO JUBILOSO

JORGE RUIZ DUEÑAS

PRÓLOGO

DE

GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

Primera edición: Editorial Larva, 1995

© Jorge Ruíz Dueñas, 1995

Segunda edición: 15 de agosto de 2013

D.R. © 2013

D.R. © 2013 Instituto Sudcaliforniano de Cultura

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Unidad Cultural Profr. Jesús Castro Agúndez,

Navarro e/ Altamirano y H. de Independencia,

Zona Centro, C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN: 978-607-9314-16-3

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

EL JUBILOSO CANTAR DE LAS ARENAS

1

PRÓLOGO

GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

EL JUBILOSO CANTAR DE LAS ARENAS

I

Los paisajes cambian día con día. Pero los paisajes desérticos que han representado en la imaginaria nacional el norte mexicano, han cambiado poco si uno se atiene a lo que relatan novelas, poemas, películas y canciones. Posiblemente la influencia marcada del *Idilio Salvaje* de Manuel José Othón sea la causante de una imagen de aridez y sol intenso que ha persistido, inmovible, hasta nuestros días. O tal vez la cultura mexicana siempre ha necesitado contar con una tierra baldía a la Eliot, situada en el norte lejano, donde la sabiduría reina más allá de todo conocimiento. Pensemos en don Juan, el chamán yaqui de los relatos de Carlos Castaneda, o en Antonin Artaud, el converso francés a los rituales tarahumaras. El desierto engendra sus propios mesías.

Nadie puede, sin embargo, adjudicarse la inocencia absoluta en la fundamentación del mito de los desiertos del norte. Todos somos cómplices, de una y otra manera, en preservar o ampliar la epopeya de la arena cuando el norte se vuelve punto de referencia de la creación artística y el desierto aparece como escenografía esencial para novelistas y fotógrafos, telón de fondo para bailarines y dramaturgos, materia prima para poetas y

pintores. Al monótono desierto, como lo llamara Guillermo Sheridan en *Frontera norte y otros extremos* (1988), "le corresponde un abanico de emociones que, en su diversidad, son absolutamente homogéneas".

En la actualidad, el desierto se ha vuelto un espacio conquistado por la marcha triunfante de la civilización; un territorio indómito, al estilo del viejo oeste norteamericano, que los nortños consideran ya domesticado. Así, la fuerza del desierto ha pasado intacta a los pioneros que lo conquistaron y que son nuestros antepasados. De ahí que aun hoy consideremos a este ecosistema en retirada ante el asfalto urbano el escenario de nuestro mito de fundación. Y por ello, este mito sigue siendo utilizado, una y otra vez, para el canto épico, la novela total o la obra de teatro histórica. Los desiertos del norte dan para eso y más, porque representan la metáfora perfecta de la lucidez y el delirio, la imagen arquetípica del tiempo que pasa y que erosiona nuestros suelos y quimeras con el peso de su luz implacable y absoluta.

En el caso de la península de Baja California, rodeada por un mar cortés y un océano pacífico, lo que impera es, como lo dijera el poeta Raúl Antonio Cota, la estética del mar y del desierto, la simplicidad de un horizonte desolado que se continúa en la transparencia marítima de sus costas. Aquí el creador puede volverse gambusino y pirata, nómada

y marinero de aguas tranquilas, pintura rupestre y coyote alado. La lección chamánica vuelta palabra y amuleto, transformada en canto y poesía, como ocurre en la obra de uno de sus hijos adoptados, el poeta Jorge Ruiz Dueñas, el “emisario de las raíces mágicas”, el “memorioso guía de cuevas y petroglifos”, que ha conjurado los ritos de la arena en el molde de su imaginación creadora.

II

Nacido en Guadalajara, Jalisco, en 1946, Jorge Ruiz Dueñas llega a Baja California en 1952. Reside primero en Tijuana y luego en Ensenada. De joven explora la península, costéandola, viviendo su cercanía paradisíaca y aún no contaminada por la mano del hombre. Desierto y mar, sierras y valles, se vuelven parte fundamental de sus querencias. Más tarde realiza estudios superiores en la ciudad de México, donde comienza su relación con la literatura y con la vida académica al lado del poeta español León Felipe. Su obra poética inicia con *Espigas abiertas* (1968) y continúa con *Tierra final* (1980), Premio Nacional Manuel Torre Iglesias y libreto de la cantata del mismo nombre, para soprano y orquesta, del fallecido músico Daniel Catán con motivo del aniversario de la UNAM en 1985. *El pescador del sueño* (1981), *Tornaviaje* (1984), *Antología pessoal* (Río de Janeiro, 1992), *Guerrero Negro* (1995), *Habitaré tu nombre* (1997) y *Saravá* (1997), ambos Premio Xavier Villaurrutia de

ese año; y *Celebración de la memoria* (Santiago de Chile, 1999). Toda esta obra fue reunida por la Universidad Nacional Autónoma de México en *Carta de rumbos 1968-1998*. Después su tarea continúa con *Cantos de Sarafán*, otro recorrido por los caminos del desierto, la pasión, la incertidumbre y la nostalgia; en particular –una obra en sí misma– el poema “Calibán” que cabalga en varios cantos la aflicción de la insuficiencia del espíritu. Sus poemarios más recientes son *Las restricciones del cuerpo*, una mirada al paisaje del alma y el desgaste del cuerpo en su irremisible caída conjunta; *La esencia de las cosas*, animado por la metafísica de Santayana, y recientemente *Albamar*, donde confirma el juicio de Carlos Montemayor sobre su poesía, expresado treinta años antes: “el ilimitado y melancólico amor, reflexivo y atónito, por el mar, por la transformación personal que lo convierte en otro elemento suyo, tan profundo y total como el océano, como la luz”.

En otros géneros ha escrito *Tiempo de ballenas* (1990), un ensayo, también, con raíz californiana y universal en el que su huella literaria imprime el asombro ante el poder ancestral y mítico de la bestia con quien hace un recorrido biológico, bibliográfico, artístico, histórico y religioso; y el libro de relatos *Las noches de Salé* (1986), traducido al francés y al árabe, donde fabula con exuberancia en los escenarios de las ciudades del Magreb, como Rabat, Marrakech, Fez, Mequínez y, sobre todo, la propia Salé. Igualmente es de mencionarse la novela *El reino de las islas*, primera de una trilogía en progreso, donde hace una

meditación esmerada en torno del envejecimiento y de la muerte con las percepciones sensoriales de seres que resisten la turbulencia de su destino, particularmente ponderada por Fernando del Paso y Álvaro Mutis.

El mismo Ruiz Dueñas ha afirmado, en numerosas ocasiones, la certidumbre de su ser bajacaliforniano, la esencia peninsular de su poesía: una filiación que Jorge Ruiz Dueñas ha hecho ostensible a lo largo de su trayectoria académica, poética, periodística, editorial y narrativa. Trayectoria que incluye el haber sido secretario general de la recién fundada Universidad Autónoma Metropolitana, en los años setenta, hasta ser director, en la década de los noventa, de la revista *Tierra adentro*, con la que gana el Premio Nacional de Periodismo en 1992; secretario técnico de Conaculta, gerente general del Fondo de Cultura Económica, y director general del Instituto Mexicano de la Radio, de los Talleres Gráficos de la Nación y del Archivo General de la Nación. Y aunque la lejanía pesa, nuestro escritor ha sabido mantener su ligazón peninsular, su vínculo existencial y anímico con Baja California. Contra viento y marea, su patria es el desierto, la frontera, ese lugar del corazón que llamamos infancia y que termina por imponernos su impronta, lo peculiar de su destino:

Por razones de afecto, porque no es posible mandar en los vericuetos del espíritu, no he reconocido más origen ni más tierra, ni mar, que no sean los de ese largo brazo de granito que la imaginación tanto quiso dibujar como isla. El hombre es de donde quiere ser. Hago mención de

una entidad geográfica más que de una entidad geopolítica; sin embargo, no debo dejar de advertir que si el eje de mis escritos está en el litoral y en el desierto, en la incógnita misma de la isla imaginaria que representa nuestra propia soledad, la historia personal, la mía, no podría explicarla sin esa franja límite, fronteriza, donde inicia lo que llamamos patria.

La experiencia de vivir un paraíso casi intocado por la mano del hombre hace de Jorge Ruiz Dueñas otro más de los cautivados por la Baja California. Como antes Fernando Jordán, nuestro poeta se vuelve un explorador febril de una realidad encantada, de una naturaleza escueta y melancólica en su laconismo visual. En la antología personal de sus recuerdos, las marcas dejadas por este mundo en su espíritu adolescente son la fuente de su posterior creación poética, ya sean sus “botas levantando tolvaneras entre los surcos de las cepas, en las abigarradas cuadrículas de los olivos o en los despeñaderos atisbados por las cascabeles”, como “la iridiscencia del mar aletargado a las tres de la tarde” desde el viejo muelle de madera de Ensenada, que despertaron su visión interior, “los primeros poemas y las primeras páginas que, con aleteos adolescentes, pretendían trazar las obsesiones personales refundidas en ese mismo paisaje”.

Descubrimientos que ni la distancia ni el tiempo han difuminado. Por el contrario, cada vez más, con cada poemario publicado, Jorge Ruiz Dueñas se adueña con mayor firmeza y profundidad de ese universo paradisiaco que no deja de obsesionarlo con su

presencia mitológica. El recuento es inacabable y es, también, revelación de un paisaje multiforme que no sólo vive fuera del poeta, sino que forma parte indisoluble de él mismo. Una cartografía del alma que rememora imágenes incandescentes, recuerdos puros; como le sucede a Lombardo, el protagonista de su novela *El reino de las islas*:

Desiertos y serranías ásperas, insospechadas caletas, desfiladeros, misiones abandonadas, espejismos, viñedos de antiquísimas cepas, bahías, manglares, montañas inhóspitas hechas piedra sobre piedra que estallan al contacto del gélido rocío de la madrugada para liberar un puño de sol de su entraña de basalto; mesetas coronadas por chamizos y teñidas con la luz de la tarde, una bóveda celeste que en los picos permite otear hacia la inmensidad del horizonte y desde donde las islas aparecen constantes y numerosas entre los mares, apacibles como llanuras de azogue. Todo esto fue revelado a Lombardo y, sin advertirlo siquiera, su propia piel adoptó los rasgos orográficos, si bien sintió en las entrañas cuando la caligrafía de ese mundo iba incorporándosele como una miríada de nervaduras en la carne y de allí al calcio de sus huesos, a la sangre que alimentaba sus ideas; y sintió que una juventud interior le acometía y una nueva forma de ser y de sentir era aprendida por sus tejidos y células en cada inhalación de aire, ahí donde el desierto y su incendio llegan hasta el mar.

Y como Lombardo, Ruiz Dueñas recobra en cada texto dedicado a su entrañable península una porción visible de su alma, una parte de su árbol genealógico, porque Baja California representa la raíz nutricia de la que nace y crece su obra literaria, *El desierto jubiloso* de su estirpe.

III

El desierto jubiloso es un poema eje en la producción de Jorge Ruiz Dueñas. Lo que el poeta emprende aquí es un rito de iniciación, un tornaviaje entre las arenas movedizas de su memoria. Jorge Ruiz toma plena posesión del desierto para descifrar no su significado (el vacío que es ausencia), sino la epopeya de quienes lo han habitado, el jeroglífico cambiante de la arena que traza sus misterios para el ojo atento.

Para nuestro autor, el desierto es historia y olvido a un mismo tiempo, espejo precario de la condición humana. En él se dibujan y se borran los trabajos que el hombre emprende, las hazañas que cuenta, las mil y una historias que hacen la vida llevadera y sorprendente. El desierto es el espejo diamantino donde las obras de la civilización se erosionan hasta volverse polvo, pero también allí, entre las dunas interminables, se edifican los templos enormes de la fantasía y la imaginación, la arquitectura del mundo donde la realidad y el deseo comparten un mismo espacio, una visión idéntica.

Poema de versos nómadas, de palabras que saltan en todas direcciones, *El desierto jubiloso* es una suma de los temas caros a Ruiz Dueñas, especialmente el de la lucha constante entre naturaleza y cultura, entre los “monstruos mecánicos” y “las faenas del

mar o del desierto". Es decir: entre las cosas que el hombre construye y las fuerzas ciegas que el tiempo pone en movimiento para derribar lo construido. En ese lugar fronterizo, donde la contradanza de la vida lucha contra el arquitecto de su propio destino, como diría Amado Nervo, nuestro autor levanta su tienda de campaña, el hogar de su poesía, y enciende, bajo las constelaciones del sentido, la hoguera del lenguaje en esa zona de nadie que para unos es desierto y para otros es playa. Frontera siempre.

Si uno presta atención a los personajes que pueblan este poema, puede advertir que son parientes cercanos de Maqroll el Gaviero de Álvaro Mutis. Allí están "el colector de maderos a la deriva"; la "hija del pescador"; "el gambusino en carromato"; "el explorador de vetas engañado con sedimentos y espato". Seres del fracaso y la quimera. Melancólicos desterrados de la vida en sociedad que se han abierto paso hasta la costa más lejana, hasta el "desierto místico" donde arriba es abajo y las estrellas titilan en el agua. Sin embargo, la lobrete y el desencanto salitroso que cubren los poemas de Mutis se hayan compensados, en Ruiz Dueñas, por una fuerza vital que no le permite caer en la asedia medieval. Su poesía no es nocturna ni duda de sí misma. En las peores tribulaciones reclama esperanza y acción. Su visión esencial no es la de una selva en eterna putrefacción, sino la de un desierto jubiloso por no poseer nada más que la aridez circundante,

“el fervor del sol padre”. La vitalidad de la luz, incluso en la noche salvaje, redime al poeta y vuelve a poner en orden el universo entero.

Si uno escucha la música de este poema, otro eco es advertible: el del canto épico a la Saint John-Perse, el de la epopeya de la vida humana que transcurre, impávida, por cada uno de los ritos de paso que constituyen una sociedad. A este eco descriptivo, se suma otro: el de la reflexión que emana de “los fermentos de la memoria/en las hon-donadas agrestes/ahí donde los osarios blanquean sin virtud”. Una meditación desde el despojo y el calor, desde la osamenta y el espejismo, entre las “yerbas secas y los bre-ñaes”, que ofrece al lector la música sin distorsiones del desierto. Esa melodía hecha de pureza y trashumancia, cuyo linaje por igual se remonta a la obra de Manuel José Othón y William Carlos Williams.

Desde el primer verso, *El desierto jubiloso* es un poema en y del movimiento. La arena del desierto y la marea oceánica son dioses que bailan, compañeros en la danza vital de los elementos. Por su propia extensión, este poema es un texto de largo aliento entre los muchos poemas de dimensiones parecidas que Ruiz Dueñas ha escrito en los últimos años. En el caso del poema que nos ocupa, la musicalidad no es cuestión de ritmos. Va más allá: es un canto vivaldiano en cierta manera, un homenaje a los meses del año, un

relato que avanza rumbo al futuro como el sol avanza por el país del “óxido y el tizne”: sin tregua ni descanso.

El poeta no es aquí un hacedor sino un cómplice, el testigo que anota los desastres del mundo bajo la mano del hombre: “los cadáveres de marsopas o lobos marinos”, el “póstumo incendio”. Pero su labor no acaba en tales ceremonias. Allí comienza: el poema es el relato, salpicado de anécdotas y disquisiciones, de aquellos que trabajan en los páramos, jornaleros que ganan el pan con el sudor de sus frentes. Hombres y mujeres viviendo en los márgenes del mundo y que representan, en conjunto, un “poema a cielo abierto/sin tributos ni decálogos”. La humanidad que somos todos: doliente y peregrina.

Ruiz Dueñas pertenece a la sal de la tierra. Su poesía es un canto espléndido, un área de la alianza entre palabra y sentido, entre imágenes y ritmo. En ella el inframundo y la esfera celeste sirven de puntos de referencia a la épica cotidiana de vivir en el desierto que linda con el mar. La aventura de quien “mide los relevos siderales desde tiendas inhóspitas”, del que viaja sin equipaje por las tierras de la memoria y los reinos del afecto, ciñen sus palabras y amplían la resonancia de sus versos. Por ello, *El desierto jubiloso* termina con una plegaria a la planicie arenosa que se manifiesta como un dios acre, como una bestia deforme. Y en esta plegaria, Jorge Ruiz Dueñas sólo pide al desierto que

cumpla su cometido, que devore al que lo daña, que ignore a los profetas y a los puritanos que no comprenden el poder que representa, la libertad que exhibe en cada grano de arena.

El desierto, así, se vuelve una presencia universal, un cosmos textual. Un ser vivo que danza, jubiloso, a cielo abierto, entre “la maraña de los cactus”. Un espejismo que se llama poesía y cuya luz nos deslumbra con sus espigas abiertas, con sus gajos de sol. Y Jorge Ruiz Dueñas, encantador de metáforas, lo sabe: cuando el desierto habla, el hombre tiembla. Y cuando el desierto canta, el poeta hace sonar la sonaja del lenguaje, el pandero ancestral de la palabra.

Después de todo, *El desierto jubiloso* es el texto que cierra un ciclo de cuatro poemas de largo aliento que Ruiz Dueñas reúne en su poemario *Guerrero Negro*. Si en los primeros poemas, “El guerrero”, “Celebración de la memoria” y “Los amantes de Malta”, el redoble de tambores que llaman a batalla, la travesía atemporal entre las islas y el amor que viste mitologías, elaboran una compleja red de analogías literarias y exploraciones vivenciales, en *El desierto jubiloso*, el poeta teje un tapiz de resonancias épicas y combates personales. Paga, en todo caso, sus deudas con el mundo que lo deleita y con la lectura sustancial de la memoria colectiva, donde luchan encarnizadamente la vida y que es carne palpitante con

“la minúscula extensión de nuestro tiempo”. El oro del placer y la danza de la muerte. De este vértigo nace el canto final, la tierra final que es desierto jubiloso, sueño febril donde los sentidos se agitan frente a una iluminación profética. El poeta reconoce que es hijo de la tierra yerma, señor del holocausto. Como explicara Frank Herbert, otro iluminado por el espejismo candente, del verano, “Dios hizo al desierto para probar la fe de los creyentes”. Y Jorge Ruiz Dueñas ya ha probado, ante propios y extraños, que su fe poética no sólo mueve montañas, sino que levanta, ante sus lectores, la Nueva Jerusalén de la palabra, el altar donde la luz se vuelve “la ondulación de la crisálida”.

Posdata 2013

A tantos años de su publicación, *El desierto jubiloso* (edición original de 1995) de Jorge Ruiz Dueñas vuelve a sus lectores y lleva a preguntarme de nuevo: ¿qué es el desierto para nuestro autor y a qué se debe su estado de júbilo ante la escueta extensión de las arenas? Respondo desde lo obvio: para Ruiz Dueñas el desierto es tierra esencial, polvo cósmico, materia en cambio permanente. Es la sustancia eterna donde nacen los sueños, los espejismos y las quimeras.

Pero al releer estos versos de largo aliento, esta plegaria desnuda en su escueta magnificencia, aparece otra verdad más profunda: el desierto es una ausencia que sólo puede ser llenada con palabras, que sólo está vivo cuando lo hacemos canto y conjuro, cuando nos adentramos en sus espacios abiertos para hallar en sus dunas los signos del mundo, los versos de la vida.

Es decir: el desierto, para nuestro poeta, es poesía encendida al rojo vivo y es el territorio al que se vuelve siempre y en el que, por el conjuro verbal de sus versos, el poeta adquiere la categoría de demiurgo, de alquimista de los elementos esenciales: luz y viento, piedra y fuego. Alfabeto de imágenes. Partitura solar. Revelación sagrada. Tal es la naturaleza del desierto: ser la purificación misma del lenguaje, ser la certeza de que la aventura del orbe cabe en una mirada, esplende palabra por palabra.

Esa es la clave final de *El desierto jubiloso*: su esencia es la música de las arenas, el ritmo de la luz, la cadencia del polvo en remolino. Una danza que alegra el espíritu. Una fiesta para cantar a todo pulmón nuestras carencias, nuestras historias familiares, nuestros ritos de paso por la vida. Es lo que reverbera en nuestra conciencia como un rayo de sol. Lo que perdura en nuestra memoria como un brillo en el paisaje.

En cierta forma, *El desierto jubiloso* es la épica del deslumbramiento, la epopeya de la blancura en sus destellos. Y Jorge Ruiz Dueñas lo sabe: la poesía nombra lo desconocido para hacerlo suyo, refleja el vacío para ponderar su vértigo existencial. Don perceptivo y rito de iniciación. Por eso el poemario de nuestro poeta es una exclamación en soledad y un silencio que retumba. Dice y no dice lo que el desierto descifra para todos: profecía a cuerpo doloroso, remolino a ojo abierto. Una visión perenne en su fugacidad, libre en su blancura.

Más allá de los elementos primordiales que animan sus versos, en este poemario Ruiz Dueñas nos ofrece un tiempo hecho remolino de arena, un espacio que late en su osamenta. *El desierto jubiloso* es, por ello, una celebración, una fiesta. La de la luz que es agua y engaño y extravío. La de la lengua que es signo y fulgor y júbilo que nos alienta a seguir con vida.

Porque de eso trata precisamente este poemario: de dar fe de estar vivos. De cantar en el remolino del mundo. De bailar sin tregua en el vacío.

Por eso me alegra que *El desierto jubiloso* vuelva a publicarse, que vuelva a convivir con nuevos lectores. Ya era tiempo. Porque de eso trata la poesía: de animar el

mundo con palabras, de ofrecer un oasis de vida en medio de la oscuridad. Lo que ha logrado con creces Jorge Ruiz Dueñas en este poemario intemporal, en este canto a las arenas que son horizonte en llamas y tiempo compartido. Vida hecha palabras. Verso hecho de luz: eterno en su fugacidad. Veraz en su júbilo compartido.

Con un lenguaje de precisa reciedumbre, de exacta luminosidad, *El desierto jubiloso* es ya un clásico de la poesía mexicana en su urdimbre de palabra e imagen, de voz del paisaje y son de la tierra. Texto medular que nos cambia, que nos transfigura, que nos levanta en su vuelo creador, lúcido, transparente.

Gabriel Trujillo Muñoz
Mexicali, Baja California, 2013

EL DESIERTO JUBILOSO

JORGE RUIZ DUEÑAS

¡Cómo avanzan las arenas nómadas

viento de sílice

frente al sol doliente de enero!

¿Ves atracar el arca entre la bruma

saurio gris

que eleva la garganta del desierto?

¿Ves cuando posa sus labios en la falda de espuma?

Apresta tus sentidos

Escucha

Siente el ritmo y la contradanza

de insectos que reclaman la posesión del yermo

de aves en soliloquio

atisbadas por roedores

Imagina el desvarío del guarda que llegó al erial

joven aún

él mismo animal de tierra adentro
no soñados en su más febril ebriedad
y mitigó el delirio sólo hasta llegar al abanico del cetáceo

no soñados en su más febril ebriedad

Medita

ahora que los ancianos comprueban

el avance de las aguas salobres

¿desierto o playa?

él constructor de soledades

una mañana

«hay que prevenir»

25

En tanto
susurro a tu oído
 amparado en el letargo
que el garambullo prospera
y las especies reprimidas
hunden sus garras vegetales
en la arena relapsa
Olvida así la escarcha
y el brezo y lavandas mínimas
volverán con el sereno de la madrugada
como el lomboy y la mariola
en las espuelas del diablo
Luego
 en la distancia
otra vez las montañas
 violetas inefables de la tierra
levantarán sus hábitos índigos y pardos
y aquí
 cerca de aquí

monstruos mecánicos salen de su guarida
y los reflectores que expulsan la oscuridad
han de languidecer con la luz de estas horas

que nadie sabe en verdad de dónde
[viene

Pero llega la estación natal que despide a las ballenas
y hace de la hija del pescador
el fervor de un joven en la basílica de sal
y el asfalto

culebra interminable
traza nuestro reino seco y malhumorado
y el fulgor de fantasmas que salen después del alba
atravesía impune
la maraña de los cactus

Oye sin pavor

Escucha cómo penetran el desierto
y recorren sus dominios perdidos
ellos que estampan con óxidos y tizne
la esterilidad de los dioses

como ahora
la muerte de presas cerriles
o el temor

alimaña perdurable
y esperan su descenso a las cuencas y las planicies
Mira sus huesos roturados con los de otros hombres
huele su muerte
como pólvora seca o azufre o magnesio

¡ah gambusinos de la luz!
¡pescadores de la luz!
¡señores del sol estremecidos
por las pausas de febrero y marzo!

y piensa entonces cómo a ti
ese mismo tiempo

heredó diluvios fugaces
y sed inextinguible

Piensa en guijarros
en sus entrañas fósiles
en los misterios de cristales ilegibles
y piensa en el astro de abril

abierta ya la esfera celeste
colgado de rayos
salubres y misteriosos
Date cuenta de su tierno contacto
al teñir tu piel

Duélete entonces de quienes habitan en la penumbra
sin saber de maleficios o bondades
y revive el desprecio
por los hundidos en el grafito de las alcobas
o en bóvedas de tesorería

Ahora
un puñado de arena se abre suavemente al soplo
y cae como un bálsamo
ahora otros pájaros se excitan
si la barcaza sale por los canales
con su giba luminosa
y en caravana
va al encuentro de las islas

Ahora mismo piensa en los momentos inasibles
en los rostros descompuestos
recordados con fragmentos o aromas
y en el mes de mayo
que se cree perfecto por la renovada piel de la serpiente
por la risa de la biznaga

táctil

y las anémonas agonizantes
y los cadáveres de marsopas o lobos marinos
Y al hacerlo

lamenta el dolor de miembros cercenados
en las faenas del mar o del desierto
tras borbotones de sangre
con estertores de insolados y náufragos
como espejismos de alta mar
o del hirviente mediodía
Justo cuando hace su escandaloso arribo junio
e inicia la calcinación
y los milagrosos moradores abren la boca
bajo los dinteles
como las cachoras desmayadas sobre las rocas
el día más luminoso se empecina en su signo
sólo para que la estatura del cardón
sea rellano del viaje perpetuo
Mortifícate entonces con las púas de los agaves
mientras los murciélagos
regentes de las cavernas
duermen plácidos trances

y la corteza de bojes prepara la cataplasma del eremita
¡oh músculos de árnica y oleastro!
mientras en la vereda dos hombres reparan con insospechadas herramientas
el carromato donde transportan nada
y en su fastidio los rapaces
que esperan y crecen
fracturan la espina de los crótalos

Ve entonces elevar las tolveneras
y las tierras ferrosas mostrarse en llamas
como un menstreo creciente
cualquier día en que la floración de los cirios
y otras especies azuzadas por la pesadilla de la canícula
buscan en julio las constelaciones
la misma madrugada en que tu pie estalla las vainas migratorias de los huizaches
y haces bajar al santo Tiago
a reconocer su camino

Consiente después a las mujeres de estos lares

magras y prolíficas

que llevan el crepúsculo de sus ojos

en el estriado alabeo de los vientres

cuando las crines sin brida alumbran en la espalda

cuando la luna

hinchada hasta lo descomunal

cubre de ceniza los ijares de la tierra

y las tórtolas salmodian

las partituras precarias

mientras agosto rompe como un cascarón

la última textura deshidratada

la costra de orina de los bichos subterráneos

mientras el mismo agosto purifica la mirada del tuerto

aquel del oficio sin

[nombre

a cuyo cuidado han puesto la inmovilidad de un paralelo

y que en la intimidad solloza por no verlo

Entonces la gravidez de las perras
arrastra ubres rosadas
en veredas que no llegan a ninguna parte
y los expendios de combustible
irremisiblemente otorgados a inquilinos silvestres
esperan el equinoccio del otoño
bajo un firmamento sin heridas

— ¡Alerta guerrero!

asegúrate de cortar la luz con el filo de la mirada—

pues la arena emprende otra más de sus mudanzas
sube en espiral
cornucopia estéril
hace presumir un desastre al aire libre
y obliga a descender escuadrones carroñeros

Mar adentro
una hebra de humo
supone derroteros apacibles

y los vahos de octubre ondulan el paisaje terreno
entonces

olvida a los hombres insuficientes que denostaron esta zona

Acude al cronista

“¿qué desean de nosotros?”

porque hemos formulado nuestro decreto

sabio y justo

al observar las leyes de la errancia

y sostener el régimen de las tentaciones

Marcha así por el señorío de las especies prófugas

tras los volcanes del golfo

cuando el cíclope atiza su fragua

y el cuarzo despedazado chorrea iridiscente

ladera abajo

Cuando los hombres ávidos

llenan alforjas con mica o metales y piedras inútiles

y las placas de basalto asoman uñas
en territorios del diluvio

Marcha luego entre los fermentos de la memoria
en las hondonadas agrestes
ahí donde los osarios blanquean sin virtud
y el bosque de áloes luce vástagos
donde el cráneo de un alucinado bovino
asila escarabajos cornudos
ante la mirada de los camaleones

siempre apócrifa

Marcha sobre el tumulto de las hormigas
y el cuero perforado de un ser irreconocible

en su último espasmo

sobre mantos de grava que sublevan al silencio
y huye por los desfiladeros
perturbado por el gemido de sabandijas baldadas

en su ayuntamiento múltiple

en la insurrección del día sin sombras

por el sueño siempre famélico y alado
del peón de vallas que incita con sus tenazas
el pezón extenuado de la compañera

A ellos

al que clasifica flores de origen incierto
al rastreador de caminos reales
al solitario custodio de antenas
al buscador de saetas de obsidiana
al vecino de aldeas anónimas
al emisario de las raíces mágicas
al que persigue artefactos caídos del cielo
al trazador de invisibles rutas que a cuestras lleva un teodolito
al explorador de vetas engañado con sedimentos y espato
al que prepara alimentos insólitos en láminas ennegrecidas
al inspector de salmueras en el canal de amargos y al que criba sus gemas sin
[desfallecer]

al cosechador de damiana
al memorioso guía de cuevas y petroglifos
a la viuda insomne que espera al marido
al vendedor de abalorios y almanaques caducos
al cicatrizado por víboras en celo
al desterrado sin queja
al que se atreve en transportes desvencijados
a la ramera trashumante
al que mide los relevos siderales desde tiendas inhóspitas

A ellos

Para ellos canta

Luego

sortea las quijadas de los rumiantes
cuya dureza evoca el granito
en el esplendor de las yerbas secas y los breñales
Cruza los arroyos de lajas

ansiosos ya en noviembre de alcanzar la resurrección perecedera
del mes por venir
cuando de los cerros descienda la aguada del chubasco
con un clamor de piedras en derrumbe

efímero

como el retorno de las mareas sobre este mismo desierto
donde los varados recuperan navíos
cuando se promueva el entusiasmo doméstico por la temporada
vista y oída en un solo jornal
y la condición de cada hombre

en la liberación de sus muertos
sea como el poema a cielo abierto

sin tributos ni decálogos

flor de cólera en los labios
sudor acre de nuestros abusos
y el arte de la metáfora
nos retorne al estado precursor

a la horda voluble
y el instinto sea preludio de la tentación

pulpa gozosa de los frutos festivos

¡oh desierto místico!

oleaje desterrado

calamidad sin límites

Como bestia deforme

abrázanos si somos tuyos

No vaciles ante los desdichados

y tú

también tú

sepulta a los buscadores de la Verdad bajo capas de tiza

Sé parco y oculta los fluidos

en la cadera de la sierra

en la guarida del espíritu coyote

Guárdate de la buena fama

de los que añoran sus lares pero no regresan

de los sedientos que no traen consigo su libamen

de quienes se creen injustamente tratados y no gestan disidencia

cuando otros reclaman esperanza sin proveer alguna

Destierra a los puritanos
escandalizados por cópulas ferales
Devora a los que desarraigan plantas vivas
para ornamentar inmerecidos espacios
Ignora a los profetas que piensan en ti
como la Nueva Jerusalén
Hurta en las entrañas de los prebostes
y aguarda
no desates aún las aguas invernales
haz dormir a las esporas
 acaso un poco más
convoca al póstumo incendio
 yesca que monta el aire
 páramo
 carbón virginal
y prolonga este hollín del solsticio
 mes de advenimiento
auspicia la caída de las centellas
crece con el rumor telúrico

danos la ignorancia de las tinieblas

luto de vacilaciones

¡oh noche salvaje y perfecta agazapada en la aridez!

vuélvenos al fervor del sol padre

ampáranos hoy en sus lomos

mesa de sacrificio

enfebrecido

espléndido

desierto jubiloso

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
EL DESIERTO JUBILOSO	23

El desierto jubiloso

se terminó de imprimir el 15 de agosto de 2013.

Edición y corrección de Formas e Imágenes, S.A. de C.V.
Av. Universidad 1953, Edif. 2, Loc. E, Coyocán, México, D.F.
El tiraje consta de 500 ejemplares.

